

Tercera parte de la trilogía
¿Dónde está Adolf Hitler?

Arnoldo Tauler

2019



1

La Casa Blanca, Washington D. C. Fiesta de Halloween.

—Hubo que matarlos.

—Con el permiso de Dios —agregó el Cardenal Gregorio Pociani—. No teníamos otra alternativa—. Y se persignó.

—O ellos, o nosotros —dijo Percoli al mismo tiempo que les dedicaba una sonrisa seráfica a Claudia y a Robert.

—Tengo entendido que eran tres buzos—señaló Robert—, miembros todos de la Marina de Guerra italiana.

Antes de responder, Steve Rowel Percoli dirigió una mirada panorámica a su alrededor. No quería que la conversación saliera del “círculo cuadrado” de las cuatro personas que, rodeadas de gente disfrazada, permanecía en el Salón Este de la Casa Blanca, en la celebración de la fiesta de Halloween.

—Es cierto, eran tres, pero uno de ellos se quedó en la escalera acompañado por el capitán Massimo Ferbucio, de la Policía italiana.

—Los otros dos bajaron junto con Paolo Stopino, Comandante del Cuerpo de Gendarmería del Vaticano.

—¿Y el Comandante no impidió el doble crimen?

—Al contrario, nos ayudó a cometerlos.

—Por lo tanto era cómplice de ustedes.

—Por supuesto, él fue quien nos auxilió a vestirnos de buzo y poner a las víctimas nuestras ropas y documentos.

—Se me ocurre preguntarles algo que todavía no ha tenido respuesta: ¿dónde está Amadeo Carsoni, el capitán de la Gendarmería? —inquirió Robert.

—Se desintegró.

—No entiendo, Cardenal.

—Ustedes seguramente conocen que antiguamente una de las defensas que tenían los castillos contra sus enemigos de tierra y las invasiones piratas, era un canal de agua que rodeaba la construcción —dijo con tono profesoral Percoli—, y que para entrar o salir del fuerte había que cruzar un puente levadizo.

—Lo sabemos.

—Pues bien, resulta que para llegar a la última bóveda, que es precisamente donde se encuentra el oro, hay que cruzar por medio de un puente ubicado por encima del líquido que rodea a la bóveda; pero ese líquido no es agua, sino ácido.

—¿Resbaló Carsoni del puente?

—No, lo empujamos— dijo el Cardenal con voz cándida y encubriendo su rostro natural con una falsa máscara de novicio—. Carsoni era un espía del Papa que estaba hace meses detrás de mi sombra.

—Pero hay más —se adelantó a decir Percoli—. Otro espía, Gino Lukas, fue premiado con un viaje subterráneo por un túnel que desemboca en un río que corre por debajo del Tíber y que no sabemos en qué lugar de la costa desemboca. Al pobre lo encontraron muerto debajo del puente Garibaldi en la isla Tiberina.

—Otro crimen. ¿No les remuerde la conciencia el cementerio particular que ambos poseen detrás de sus acciones?

—No, pues son personas que quisieron hacer lo mismo con nosotros. Deben agradecernos que no les diéramos tiempo a ser unos asesinos.

—Pero ustedes lo son.

—No precisamente, somos unos aprendices que se dedican a defender sus propias vidas.

Claudia y Robert no contestaron a la irónica justificación que ambos personajes daban a sus acciones.

Los cuatro avanzaron unos pasos hacia una de las esquinas del local buscando un espacio más alejado de la música y el bullicio de la gente.

—¿Se llegó a conocer quien fue la persona que activó la alarma para que el agua del Tíber los ahogara? —inquirió Claudia.

—Tenemos la sospecha de que fue el mismo Papa —respondió el Cardenal

—¿Y quién la desactivó?

—El Monseñor Zerkinsky —dijo Percoli.

—Pero tenemos entendido que el Monseñor odiaba al Cardenal Pociani. ¿Por qué iba a cortar el suministro de agua para salvar al hombre que consideraba un enemigo? —inquirió Robert.

Pociani se encargó de contestar.

—Por tres razones. Una de ellas era recuperar el microfilm que contenía los planos y códigos para penetrar en las bóvedas y llegar al tesoro que Hitler y Pío XII habían depositado en el fondo del túnel. Zerkinsky no sabía que el microfilm se había perdido tragado por la alcantarilla de desagüe de la trampa acuática.

Percoli continuó con la segunda razón.

—Aunque me odiaba por mi osadía de enfrentar al Papa y demostrar que San Pedro nunca estuvo en Roma y que el Vaticano se había erigido sobre una finca que Agripina le había regalado a su hijo el emperador Calígula, y que Pío XII había dormido con huesos de animales y no con los de San Pedro; y porque yo conozco el lugar exacto donde está enterrado Hitler debajo del altar mayor junto a los Santos Padres.

Mientras Claudia y Robert se mantenían con reflexionada atención acerca de lo que los “batiblanco” confesaban, Pociani concluyó con la tercera razón:

—Aparte de que Zerkinsky deseaba encontrar los huesos de Hitler y desaparecerlos del Vaticano, contando para ello con mi ayuda, también pensaba en obtener el oro contenido en las arcas subterráneas gracias a la colaboración de su socio oculto, mi querido y admirado traidor, Percoli, con quien pensaba repartir las barras de oro luego de que me asesinaran.

Percoli, acudiendo a su gran experiencia teatral mostró en el rostro el mismo gesto que hubiera adoptado un ángel acusado de haber violado a una de las once mil vírgenes. Pero ese gesto le pareció a Pociani en vez de una Magdalena lavándole los pies, un Judas con un puñal de carnicero listo para registrarle el corazón con su punta y filo de muerte.

—¡Su Excelencia, yo no sería capaz de hacerle eso a usted! Se lo confieso de todo corazón.

—Bien, dejemos tu corazón tranquilo no se vaya a infartar con tus mentiras —dijo el Cardenal con el dulce y lánguido tono

que empleaba en el confesionario para aplacar el llanto de los niños que acudían en su ayuda diciendo que les dolía porque el Padre Agustino, y el Padre Petrescu, y el Padre Soriano, los habían violado en la sacristía diciéndoles que para lograr su purificación espiritual tenían que probar “la carne de Cristo”.

Percoli guardó un silencio cómplice que evidenciaba su decisión de no defenderse ya que lo que el Cardenal decía era verdad.

—Entonces Zerkinsky sabía perfectamente que los dos cadáveres que subieron con la ayuda del Comandante de la Gendarmería no eran los de ustedes.

—Nada más cierto, amigo Robert. Afortunadamente los trajes de buzos y las caretas nos ayudaron a ocultar nuestra identidad —comentó Percoli—, y el capitán de la Policía italiana Massimo Ferbucio, se llevó los cadáveres de inmediato para que nadie los identificara.

—Stopino se encargó de difundir la noticia dándole la exclusiva al periodista Carlos Bertoldo Suinotte, quien publicó lo que nos convenía, a cambio de un buen fajo de euros.

—Hasta ahí se explica una parte de esta historia, pero, ¿qué razón había para que ustedes aparecieran como muertos?

—La razón principal era mantenernos en el anonimato para lograr nuestros objetivos económicos —respondió Pociani.

—¿Volver a las bóvedas por el oro?

—Sí, pero teníamos que salvar tres obstáculos.

—De dos de ellos se ocuparía Stopino. Primero: abrir los conductos para que el agua acumulada en el subterráneo corriera hasta el río que existe debajo del Tíber, y así dejar el camino libre para una futura incursión en el lugar. Segundo: inventar una historia acerca de los dos buzos sacrificados, lo cual fue fácil pues eran solteros, y estaban pasando un entrenamiento para ser contratados. Como no fueron aprobados, nadie se preocupó por su ausencia.

—¿Y el buzo que se quedó en la escalera con el capitán de la Policía italiana; también le inventaron una historia?

—No a ese hubo que comprarle su silencio. Una buena cuenta en el Banco y un viaje a Río de Janeiro a disfrutar de las mujeres de Copacabana. Pero le duró poco. A los tres días amanecía muerto en la habitación del hotel donde estaba hospedado. Causa simulada: el robo.

—Por lo que veo —comentó Robert arqueando las cejas en un gesto de indignada admiración—, la muerte está siempre presente en sus acciones.

—Sí, en ocasiones nos resuelve muchos problemas—contestó el Cardenal sin que en sus palabras se pudiera observar un tono de arrepentida condolencia.

—¿Y el tercer obstáculo?—inquirió Claudia, temiendo que la pareja le informara de otra fechoría criminal. Pero la respuesta le resultó la menos esperada.

—Ustedes.

—No entiendo—dijo la joven israelí con un signo de interrogación en los ojos color miel.

—Resulta que perdimos el mapa con los códigos para acceder a las cajas fuertes donde está el tesoro que Hitler y Pío XII guardaron secretamente y... pensamos que *I nostri amici* Claudia y Robert podrían ayudarnos.

—¿Nosotros ayudarlos?

—Sí, ustedes poseen un original del mapa y los códigos contenidos en uno de los microfilmes que Hitler guardó dentro de su cuerpo en un cilindro —dijo Percoli.

—Usted no tienen prueba de eso —argumentó la joven investigadora con firmeza en el tono de su voz.

—La tenemos, estimada Claudia. ¿Recuerda usted la ocasión en que, luego de encontrar la tumba de Hitler debajo del altar

mayor de la Basílica de San Pedro, y extraer el cilindro de su cadáver, usted comprobó la veracidad de los microfilmes empleando un microscopio?

—Lo recuerdo, pero ¿qué tiene que ver eso con la prueba que usted dice tener?

—Mucho.

Y Percoli se dio un trago hasta agotar el champán que le quedaba en la copa. Luego de saborear el líquido y disfrutar de la expectativa que había creado su declaración, continuó:

—Resulta que unos meses antes yo había estado trabajando con un microscopio para determinar la calidad de un polvo que unos amigos nos habían enviado desde Colombia, y le tirábamos fotos al producto por medio de una pequeña cámara de alta definición adaptada al microscopio. Con permiso...

El falso sacerdote extendió un brazo para detener esta vez a una bella joven que, vestida de pirata portaba una bandeja con copas de champán. Percoli tomó una de las copas y entonces dijo:

—Gracias, Mary Read.

La joven sonrió y continuó su trabajo zigzagueando su deliciosa oferta entre los presentes en la actividad. Lo que ella no sabía era que Percoli la había comparado con la inglesa Mary Read, quien se hizo famosa practicando la piratería en el Caribe desde 1719 hasta 1720.

Tras beber otro trago, el socio del Cardenal, hizo pedazos la curiosidad que su narración despertaba en la pareja de investigadores.

—Mientras el traidor de Alfredo y Gino Lukas centraban su interés en el microfilme situado debajo del lente del equipo, a mí me llamó la atención la pequeña cámara que usted, mi estimada Claudia, había acoplado al microscopio para tomar fotos de los microfilmes.

Claudia y Robert se miraron y guardaron silencio ante el irrefutable argumento esgrimido por Percoli, como si fuese la espada de un moderno pirata en el abordaje de un enorme tesoro contenido en una pequeña imagen.

—No les quité la cámara en aquella oportunidad porque pensé que era positivo tener una copia a la que podríamos acudir en caso necesario.

—Si fuese verdad lo que usted dice —respondió Claudia—, ¿cree que le vamos a dar el plano para que ustedes y Monseñor Zerkinsky se hagan ricos?

—Por supuesto que no—intervino el Cardenal—, pero esperamos hacer un “intercambio”, un canje que ustedes se verán obligados a cumplir.

—No hay nada que nos obligue a darles a ustedes lo que buscan —dijo Robert desafiante y bebió de su copa, como si estuviera brindando por la frase.

—Yo creo que sí—respondió Pociani—. Todo depende de que pronto esté en nuestro poder la “pieza secreta”.

—¿Cuál es esa pieza?

El Cardenal sonrió disfrutando lo dicho, pues dejaba flotando en el aire un fantasma de intriga que, tras una pausa deliberada, disolvió cuando respondió a la pregunta de Claudia.

—Hitler, Adolf Hitler.

2

Tren de pasajeros Comedor

—Tengo la certidumbre de que lo que dijo Pociani es un bluff.

Robert y Claudia estaban sentados a una de las mesas del comedor del tren, a esa hora vacío por lo que se sintieron seguros al comentar el encuentro que habían tenido hacía una semana en uno de los salones de la Casa Blanca cuando se celebraba Halloween, o el Día de las Brujas. Luego de hacer algunas investigaciones decidieron tomar el tren para Nueva York.

—Estoy de acuerdo contigo, Claudia. Además, fíjate que dijo que tendríamos que entregarle el plano de El Oro del Tíber, en cuanto ellos tuvieran en su poder la “pieza secreta”, o sea, Adolf Hitler.

—Eso demuestra que no la poseen y que, al igual que muchos otros, la están buscando.

—Esa pieza no puede ser otra que el Hitler clonado, el mismo que nosotros también estamos tratando de localizar.

Robert miró a través del cristal de la ventana el paisaje que el invierno iba pintando de blanco, y que pasaba raudo durante el trayecto hacia Nueva York. El ex agente de la CIA giró hacia Claudia. En su rostro se marcaba un gesto de frustración.

—Y lo más triste del caso es que no tenemos ninguna pista de Catherine y el niño. Han desaparecido como por arte de magia.

—Es cierto —apoyó la agente del Mossad, y extrajo de su cartera una libreta y un bolígrafo con la intención de mostrar algunos apuntes—. Tal y como hemos estudiado, son dos Hitler, uno vivo y el otro muerto, los que están bajo la lupa, no sólo de nosotros, sino de otras personas y organizaciones.

Robert bebió un trago de su taza de café.

—Creo que sería conveniente repasar algunos detalles que pudieran servirnos para establecer un plan de búsqueda.

Claudia asintió y subrayó un texto en la libreta.

—A partir de las declaraciones hechas por el coronel Helmut Akerman, todo el mundo conoce que Adolf Hitler fue clonado, o sea, que está vivo.

Claudia se refería a un oficial del Departamento de Investigación Criminal de la Policía de Berlín, la *LKA (Landeskriminalam. Berlin Polizei)*, quien estaba a cargo de la investigación de la muerte de dos científicos dedicados a la inseminación artificial. Uno de ellos, el doctor Sigmund Schutz, planeaba presentar en la *Deutsche Akademie der Naturforscher Leopoldina*, en Berlín, el informe de una clonación humana, y que si le pasaba algo a él, se diera a conocer que la persona clonada no era otra que el *Führer* nazi Adolf Hitler.

—Por el contrario —comentó Robert cambiando su expresión por una menos grave—, no todo el mundo conoce que Hitler está enterrado en el Vaticano.

—Verdad, y esas personas son: el Papa, su secretario Zerkinsky, nosotros, Pociani y Percoli. Estos dos últimos son los únicos que conocen el lugar exacto de la tumba del *Führer*, porque Gino Lukas, que también lo conocía, apareció mirándose por dentro en las aguas del Tíber, debajo del puente Garibaldi.

Respondió Claudia y acto seguido guardó silencio para recibir del camarero el capuchino que había pedido. Luego de que el hombre se retirara a su puesto detrás del mostrador, y ella humedeciera la seca garganta con el invento italiano, comenzó a realizar apuntes en su libreta.

—Veo que vamos a tener que luchar contra dos fuerzas que se oponen y que persiguen cuatro objetivos distintos.

La joven investigadora volvió a beber y luego se limpió con una servilleta la espuma que le había quedado en los labios.

—Una de las fuerzas dirigirá sus recursos hacia dos objetivos; uno: tratar de salvar al Hitler vivo, o sea, el niño. El otro objetivo es el de rescatar el cadáver del *Führer* y ocultarlo al mundo, de manera que puedan desarrollar el IV Reich cuando el niño llegue a la adultez.

—Hay un tercer grupo en el que estamos nosotros y debemos salvar al niño del fascismo —dijo Robert al mismo tiempo que comprobaba, a través de la ventana, que el día iba cambiando su vestuario soleado por uno de color gris con rafagazos de luz violácea, como si un pintor cirujano se complaciera en usar su bisturí pictórico en el vientre de las nubes bajas—. También está incluida en este grupo, y con buena razón, la “madre” del niño, Catherine Bretón.

—Sin duda —apoyó Claudia—, pero, por desgracia, con seguridad hay grupos judíos extremistas que estarán cavilando

como encontrar a Hitler vivo, para matarlo, o el esqueleto del líder muerto, con el propósito de utilizarlos como muestra de venganza por los judíos muertos durante la II Guerra Mundial.

—Son muchas, pero cuál consideras puede ser la más peligrosa.

Claudia bebió otro trago del capuchino y, mirando fijo a los ojos de Robert, dijo:

—“El hombre que vendrá”

3

**Carpintería
New York City
Lugar desconocido**

El hombre estaba desnudo.

Su rostro ensangrentado evidenciaba que había sido torturado.

El lugar donde se encontraban parecía un taller de carpintería. Que lo era. Y como el almanaque colgado en una de las columnas que soportaban el techo marcaba domingo, en el local no estaban presentes los obreros que habitualmente se dedicaban a la fabricación de muebles con destino a Queens, el área preferida por los inmigrantes que, como un pulpo indocumentado, extendía sus tentáculos a todos los rincones del país.

Eso lo sabía Alberich.

El hombre desnudo estaba acostado sobre una plataforma que sobresalía de un poderoso equipo conocido como «sierra», y

que servía para cortar cualquier tipo de madera. El hombre tenía sus piernas abiertas.

Las piernas, al igual que el tórax, los brazos y las manos, estaban atadas por una cinta plástica de color gris que no le permitía movimientos, salvo los de la cabeza, que el torturado movía de cuando en cuando para ver a los cinco guardaespaldas vestidos de negro y armados con fusiles automáticos de culatas plegables; y también el rostro de Alberich, su mirada agresivamente cortante, y una pequeña barba que pretendía cubrir una herida recibida cerca de la oreja al entablar una pelea con un jefe del Comando 22 que deseaba cambiar el nombre original de la organización por el de «Thor y el Futuro» debido a que el grupo neo-nazi “El hombre que vendrá” había sido destruido totalmente en la Antártida.

Eso era lo que pensaban aquellos que estaban en contra de la organización sin saber, aunque lo sospechaban, que “El hombre que vendrá” tenía ramificaciones en diversos países, y todas estaban dirigiendo sus planes hacia el objetivo de encontrar al Adolf Hitler clonado.

—Mi querido Kramer, sabemos que ustedes cambiaron el nombre original de su Brigada Judía: «Los Nakam», grupo asesino extremista al que pertenecía tu padre —dijo Alberich con voz de tenor—, por el de «Los hijos de la Venganza», al cual perteneces. El nombre que ustedes han adoptado ahora es una herencia del lema que tenía «Los Nakam», de “La sangre judía será vengada”.

—Con mucha honra.

—No será con honra, pero tienen bien puesto el nombre, pues, como debes de saber, «Los Nakam» bajo la dirección del poeta-guerrillero Abba Kovner, planearon envenenar el servicio de agua corriente de las ciudades alemanas de Berlín, Múnich,

Hamburgo, Weimar y Núremberg. Estas poblaciones sumaban la cantidad de 6 millones de personas

—Más o menos —respondió Kramer con rabia— la misma cantidad de judíos que ustedes, los alemanes, asesinaron durante la guerra.

—Pero los planes de «Los Nakam» eran más crueles, puesto que iban a matar a civiles, gente inocente.

—Y ustedes asesinaron a inocentes también por el sólo hecho de ser judíos. —interrumpió Kramer.

Pero Alberich continuó hablando sin hacerle caso a lo dicho por Kramer. El enano tenía la tez pálida, por eso cuando se irritaba, la misma cambiaba de tono, a lo que cooperaba su cabello rosado con sombras rojo purpúreo. La ira se manifestaba de inmediato en sus ojos de color verde claro. Como no le gustaba la ostentación solía vestir de manera austera con un traje de color celeste y una camisa blanca de mangas cortas.

—Menos mal que los altos oficiales del ejército occidental les negaron la ayuda que pedían para llevar a cabo este acto terrorista. Sin embargo, ustedes ejecutaron otro plan de venganza, el cual se cometió en la cárcel de Langwasser.

Alberich se refería a que en la noche del 13 de abril de 1946 un comando del Nakam se infiltró en la cárcel alemana de Langwasser, en Núremberg, donde estaban en calidad de prisioneros los oficiales que ocupaban altos cargos en el gobierno nazi, así como importantes miembros de las SS. Los infiltrados untaron con arsénico el pan que los prisioneros comerían ese día en el desayuno. Un numeroso grupo de reclusos alemanes murió envenenado.

—Es cierto, pero no quedamos satisfechos.

—Yo tampoco quedaría satisfecho si usted no comprende que tratar de localizar al Hitler niño para matarlo, o el cadáver

del Hitler muerto, cuestión que ustedes se han propuesto como un acto de venganza, nosotros no lo vamos a permitir.

Alberich sonrió irónico y Frederick Kramer arrugó el rostro como si hubiese acabado de tomar un purgante, pero de inmediato hizo una transición a desafiante.

—¡El asesino más grande de la historia humana debe morir!—casi gritó y se pasó la lengua por la comisura de los labios donde una gota de sangre había acudido procedente de la encía dolorosa donde una muela se balanceaba debido a los golpes que le habían propinado.

—Mi querido Kramer, ¿recuerda usted al *Obersturmbannführer*, Teniente Coronel de la *Waffen SS*, y Doctor en Medicina, Ludwig Stumpfegger?

—Lo recuerdo. Otro asesino.

—Este doctor fue quien le cortó el testículo izquierdo a Ferdinand Beisel, el doble más parecido a Hitler, para hacerlo casi idéntico al *Führer* en todos sus detalles. Así la humanidad estaría más dispuesta a aceptar que Hitler se había suicidado y evitar que lo persiguieran, como lo están haciendo ahora ustedes, luego de haber sido clonado. En el caso de que lo encontraran, ¿no les dolería matar a un niño?

—¡Ese niño es un monstruo!

—Bien, volviendo al tema de Stumpfegger—dijo Alberich sin inmutarse— nosotros podríamos hacer algo parecido con usted.

Alberich levantó un interruptor situado en un costado de la mesa y la sierra comenzó a girar a gran velocidad. Luego el nuevo jefe de la organización «El hombre que vendrá» tomó un pedazo de madera y lo situó frente a la escandalosa sierra que, sin dificultad alguna, cortó la pieza en dos pedazos.

—Esto es algo peor que un bisturí —indicó Alberich y tiró hacia un costado las dos piezas de madera—. No sólo le corta-

ría completamente sus órganos genitales, sino que esta sierra lo cortaría usted por la mitad. ¿Me va a decir lo que sabe acerca del niño y la madre?

Kramer guardó un temeroso silencio.

Alberich pulsó un botón al lado del interruptor, y la plataforma a la que estaba atado Kramer, comenzó a moverse lentamente hacia la amenazante sierra. El prisionero levantó la cabeza para mirar con horror cómo su cuerpo iba avanzando hacia la filosa herramienta de acero.

Cuando la sierra estuvo a un pie de distancia de su cuerpo, gritó:

—¡No! ¡Detenga la sierra, detenga la sierra!

Alberich pulsó el botón de nuevo y la plataforma dejó de moverse.

—Bien, ¿qué es lo que usted y su grupo han averiguado?

—Nada, ya le he dicho que no sabemos por dónde anda la madre y el niño —respondió Kramer en un tono amable.

—Ya vio como eliminamos a sus tres guardaespaldas cuando lo secuestramos. Es una lástima que usted tenga que morir tan joven. ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta, cuarenta años, ya se lo he dicho. Prefiero morir que decir una mentira, esa es una de las consignas de nuestra organización.

Bien, en ese caso... Geri... —llamó y uno de sus guardaespaldas se acercó—. Dame un protector. No quiero que la sangre judía me manche.

Geri tomó un pedazo de plywood y se lo extendió a Alberich. Este se lo puso en el pecho y pulsó de nuevo el botón que ponía en marcha la plataforma. Esta avanzó lentamente hacia la sierra.

Kramer cerró los ojos y apretó los labios en espera de lo peor.

Segundos después de la garganta del judío brotó un grito espantoso, y el protector que usaba Alberich se manchó con un poco de sangre.

Al mismo tiempo el jefe de «El hombre que vendrá» detuvo la plataforma y apagó la sierra.

Kramer abrió los ojos y respiró de nuevo.

—Esto es sólo una muestra, mi querido Kramer, de lo que le puede suceder. La herida ha sido leve y se la curarán en cualquier clínica. Esto es una advertencia para que no siga buscando a Hitler para matarlo, porque entonces no detendré la sierra. ¿Me lo promete?

—Se lo prometo, Alberich, se lo prometo.

—Freki —llamó y tiró a un lado el protector ensangrentado.

Uno de los guardaespaldas se acercó cuando Alberich lo llamó por su nombre.

—Diga usted, Jefe.

—La ropa se la dejan en la entrada de la carpintería. Así no le damos tiempo a que nos persiga. Yo voy hacia el auto. Los espero allí.

Y Alberich saltó hacia el piso desde el cajón que le había dado estatura para que su rostro coincidiera en altura con el del secuestrado.

El enano ajustó la funda con su Waffen- SS PPK al cinturón y salió caminando, seguido por tres de sus guardaespaldas, hacia la salida del taller.

Montó sobre un almohadón en la parte delantera del auto que esperaba. Dos guardaespaldas se situaron en el asiento trasero y Geri ocupó el del chofer. Su nombre significaba “**voraz**” según la mitología alemana, así como Freki, se consideraba “**co-**

dicioso”, ambos eran los lobos representantes simbólicos de WOTAN, acrónimo de *Will Of The Aryan Nation*.

Un minuto después llegaban uno de los guardaespaldas y Freki. Saludaron en señal de que todo estaba bien y montaron en otro auto.

—Vamos —dijo el enano, quien había tomado el nombre clave de Alberich de la mitología nórdica. Se decía que el seudónimo pertenecía a un brujo invisible que tenía su origen en la Dinastía Merovingia de los Francos, y significaba «rey de los enanos»— Vamos —repitió— que tenemos una gran tarea por delante: encontrar a nuestro pequeño y querido jefe Adolf Hitler.

Los autos partieron para perderse en el laberíntico tráfico de Nueva York.